

JESÚS EN LA VIDA DE MARÍA DE LA ENCARNACIÓN (IV)

ESPIRITUALIDAD BERULIANA

Un Hombre que apostó por la misericordia.

Juan Eudes nació en Ri (Francia), el 14 de noviembre de 1601. Hijo de una pareja de buenos normandos y fervorosos cristianos, recibió desde pequeño la formación que un hogar de esos quilates podía dar entonces. Una niñez harto normal, una etapa de estudios bastante completa en el colegio de los Jesuitas, y un proceso de discernimiento espiritual que lo llevará a optar por el sacerdocio en la recién fundada Congregación del Oratorio, del Card. de Bérulle. A partir de allí se inició una fecunda y exigente vida de misionero que lo llevará por muchos caminos de Francia, lo pondrá en contacto con la dolorosa realidad de un país cristiano en crisis de fe y le permitirá convertirse en misionero y profeta de la misericordia.

Juan Eudes, discípulo tanto de Bérulle como de Francisco de Sales, abreva su espíritu en ambas corrientes teológicas, y de ambas alimentó la coherente espiritualidad que dará sentido a su vida entera y nutrirá su vena de escritor popular. De ese doble hontanar se alimentó el riachuelo que ya comenzaba a notarse en el joven sacerdote oratoriano, y que pronto se convertirá en un poderoso torrente espiritual. Ambas corrientes fundarán y estimularán su espíritu misionero.

El P. Eudes parte de un principio unificador: el cuidado y ocupación principal de todo bautizado consiste en formar y establecer (a Jesús) dentro de nosotros, en hacer que allí viva y reine. Porque ser cristiano y ser santo es una misma cosa. Pero sitúa siempre, así sea de modo latente, este leitmotif espiritual sobre el telón de fondo de una misericordia comprometida y eficaz. Encontramos aquí una coherencia radical entre vida concreta y doctrina espiritual, un engranaje perfecto entre la propia experiencia existencial, el apostolado misionero, las

fundaciones, la doctrina de la misericordia y la espiritualidad del Corazón de Jesús y María.

Por eso, no es exagerado afirmar que el eje de todo su proyecto espiritual fue el concepto de misericordia. Aunque se explicitó de forma relativamente tardía en sus escritos, podemos decir que marcó su vida entera. Desde los inicios de su ministerio Juan Eudes siente, recibe y cumple -afectiva pero real y comprometidamente- esta misericordia en su propia vida y en la de los demás; y ella le da unidad a su acción apostólica, lo empuja constantemente a ir más allá de la mera sensibilidad ante la desgracia y lo impulsa a promover determinadas acciones misioneras y fundaciones religiosas.

Evangelizado y evangelizador

Había aprendido a reconocer en todas partes la presencia de Dios, incluso en la experiencia concreta y en todos los acontecimientos. No se hablaba entonces de signos de los tiempos, pero Juan Eudes los entendía y vivía plenamente. Uno de esos signos fue sin duda para él aquella peste de Suez, en 1627. Entonces, el joven sacerdote, que apenas acababa de superar una larga y dolorosa enfermedad que prácticamente lo había inutilizado, decidió ir en auxilio de quienes más lo necesitaban -los apestados, abandonados de todo recurso espiritual- para llevarles los sacramentos, signos de la misericordia de Dios. Fue éste su primer encuentro con los pobres, los pequeños, los abandonados. Tres años más tarde, en Caen, se repetirá tan difícil experiencia. Serán entonces más fuertes la caridad y el compromiso para con los hermanos sufrientes que las razones de quienes intentaban disuadirlo de lo que parecía una peligrosa chifladura.

Estas primeras actividades que realizó como sacerdote y como misionero eran gestos que hablaban de la misericordia y hacían la misericordia. Gestos significativos que eran ya misión, una predicación silenciosa de aquellas que alababa Pablo VI en la EN8. Gestos que lo marcaron y lo pusieron para siempre en el camino que baja de Jerusalén a Jericó. En adelante su presencia

misionera al lado de cualquier Jesús que sufre ir llenando de realismo su espiritualidad y su ministerio.

Todos sus compromisos apostólicos tendrán que ver con esa profunda experiencia. El abismo de mis miserias llama al abismo de sus misericordias, exclama en su personal Magnificat. Habiendo experimentado, él mismo, la misericordia de Dios en su propia vida, quiso agradecerla dedicándose a predicarla y transmitirla. Los caminos misioneros de Francia conservan aun el recuerdo de sus pasos. De ese fervor evangelizador y de esa pasión por el Reino surgiría aquel otro elemento clave de su espiritualidad que fue la devoción al Corazón de Cristo, unido indisolublemente al Corazón de María. Y es que, como ha escrito alguien, Juan Eudes fue un hombre de corazón y un hombre del Corazón: en esto consiste su máximo aporte al cristocentrismo de la escuela beruliana.

El camino de la misericordia

Porque la historia no se queda en la anécdota. En un momento crítico de su propia vida y de la historia, Juan Eudes sabría apostar definitivamente por el camino de la misericordia; y al hacerlo así, apostaría por la santidad verdadera. Puede decirse que la misericordia lo hizo misionero y lo motivó a entregar su vida entera a un empeño que constituyó como la espina dorsal de su ministerio: desde 1627 a 1680, año de su muerte, jamás supo lo que fue el descanso. Juan Eudes sería, ante todo y por encima de todo, un sacerdote misionero, como gustaba firmar sus cartas.

Ese incansable andar misionero -el anuncio de la Buena noticia: la misericordia se ha hecho ya presente en la historia de los hombres-, no sería sino una verbalización de aquella experiencia íntima, inicial y continuada, de la máxima misericordia divina: evangelizar -reitera a sus eudistas- es anunciar al hombre, especialmente al más lleno de miserias -miserable- la buena noticia de que Dios lo ama, que lo lleva en su corazón de Padre y está dispuesto a jugarse todo por salvarlo..

El trato con la gente le había permitido conocer muy de cerca no sólo los vicios morales que pululaban en todos los estamentos de la sociedad sino también los hondos males que aquejaban al Pueblo de Dios. El sabía bien cuáles eran las miserias de los miserables. Había palpado la dolorosa miseria humana y social de las multitudes, la ignorancia religiosa de los que se decían creyentes y su alejamiento del auténtico compromiso cristiano; había experimentado también la situación del clero, agobiado por la ignorancia, la pobreza material y su falta de espíritu apostólico. Acuciado por esta realidad, el P. Eudes fue descubriendo su propio camino "de Jerusalén a Jericó". La pasión por el hombre - "las almas", dice él, con el lenguaje de su época- lo devora:

"Si por mí fuera, me iría a París a gritar en la Sorbona y demás colegios: "¡fuego, fuego!. Sí, el fuego del infierno está consumiendo el universo. Vengan ustedes, señores doctores, vengan ustedes, señores bachilleres, vengan señores abades, vengan todos ustedes, señores eclesiásticos y ayuden a apagarlo".

Cuando el cielo presiona

Desde esta perspectiva se entienden mejor sus numerosas fundaciones. Porque al estudiar su vida y su obra descubrimos, cada vez mejor, cómo estas fundaciones constituyeron, en cuanto evangelización, auténticas obras de misericordia, o sea, maneras concretas de expresar su apuesta definitiva por la misericordia divina.

Apelando a una categoría moderna podemos decir que Juan Eudes también se dejó evangelizar por "los pobres", valga decir, por las prostitutas y los incontables hombres y mujeres que vegetaban en la muerte debido a que nadie les había hablado de la Vida. Fue esa experiencia la que activó su carisma fundador. Bastaría con recordar aquel episodio citado por el P. Emile Georges, que opera en las raíces de la orden de N.S. de la Caridad.

El P. Eudes no era un fundador "profesional" sino un hombre de Dios que iba respondiendo, a medida de sus recursos, a los clamores de la misericordia, a las necesidades concretas de su

época, que para él representaban auténticos mensajes del Espíritu. Era un hombre que sabía leer la acción de Dios incluso en los fracasos, que se dejaba interpelar en serio por los signos de su tiempo, y cuyo mayor deseo era hacer eficaz la misericordia. No existía en sus proyectos ninguna intención moralizante: había que realizarlos, simplemente, porque el Dios misericordioso así lo quería; eran una consecuencia normal de su seguimiento de Cristo, y de su atención a la misericordia del Padre: para él se trataba sólo de cristificar al hombre, sobre todo a aquellos hombres cuya imagen de Dios estaba más deteriorada por el pecado o por la miseria.

Es precisamente en 1644, año en que se consolidaba en Francia el rigorismo jansenista, cuando Juan Eudes funda la Orden de N.S. de la Caridad, coincidiendo con una toma de conciencia cada vez más viva de lo que es esa misericordia divina. Ha descubierto, de una manera concreta, que Dios ama y, porque ama, salva, perdona. Y se siente llamado a ser personalmente instrumento de ese amor salvador en uno de los campos más dramáticamente olvidados de la pastoral de entonces: la prostitución.

También en el nacimiento de la Congregación de Jesús y María (PP. Eudistas) hay una experiencia de misericordia; le dolía intensamente la Iglesia, le dolían las gentes que andaban "como ovejas sin pastor"; y se dejó interpelar por el amor de Dios que, en Jesús, viene a "salvar lo que estaba perdido". Expresión última y acabada de la misericordia del Padre. Si "un alma vale más que mil mundos", es menester que alguien se dedique a tiempo completo a formar a quienes deben salvarla. Y urgido por tan angustiadas convicciones, se decide a abandonar el Oratorio para fundar su pequeña congregación.

Formar al clero era sólo una manera de colocarse en el camino de la misericordia que salva y que necesita canales dignos de esa tarea. En una carta al P. Manoury, primer formador de los nuevos eudistas, el P. Eudes se expresaba:

"Cuide de formarlos en el Espíritu de Nuestro Señor, que es espíritu de desasimiento y de renuncia a todo y a sí mismo;

espíritu de sumisión y abandono a la divina voluntad manifestada por el evangelio y por las reglas de la congregación..., espíritu de puro amor a Dios..., espíritu de devoción singular a Jesús y María..., espíritu de amor a la cruz de Jesús o sea al desprecio, la pobreza y el sufrimiento..., espíritu de odio y horror a todo pecado..., espíritu de caridad fraterna y cordial al prójimo, a los de la congregación, a los pobres..., espíritu de amor, respeto y estima por la iglesia".

Maestro de la misericordia

Porque nuestro santo no se contenta con ser, él mismo, coherente; su deseo es que todos los cristianos se dejen llenar por ese espíritu de la misericordia divina, su anhelo es que todos los bautizados, especialmente los sacerdotes, sean también "misioneros de la misericordia". La pasión por el reinado de Jesús en los corazones de los hombres, realmente lo devora. Conociendo bien la penosa situación, moral y espiritual, del clero y del pueblo cristiano de la época, percibe y siente en todo su ser la urgencia de la evangelización y de la formación de buenos obreros para llevar adelante un servicio eficaz del evangelio. Y a esa doble tarea dedica lo mejor de sus esfuerzos.

Aquel mismo año de 1644, cuando, por un lado, se consolida el jansenismo y, por el otro, él funda a N. S. de la Caridad, el P. Eudes concluye sus Consejos a los confesores; se trata de un breve escrito que rezuma aquel delicado sentido de caridad pastoral que el Vaticano II y, más recientemente, Juan Pablo II, retomando una densa herencia patristica, han presentado como nota constitutiva del verdadero pastor según el Corazón de Cristo. Allí Juan Eudes nos desliza una de sus escasas confidencias personales:

"Conozco muy bien a alguien que ha sido escogido por la divina misericordia para trabajar en la conversión de los pecadores; encontrándose perplejo sobre cómo debía conducirse con ellos, si usar de bondad o de rigor, si mezclar los dos..., recurrió en la oración la Santísima Virgen, su habitual refugio. Antes de que hubiera comunicado a alguien sus inquietudes, la Madre de las

Misericordias le inspiró a través de un mensajero: cuando prediques usa las armas poderosas y terribles de la Palabra de Dios para combatir, destruir y aplastar el pecado en las almas, pero cuando te encuentres a solas con el pecador, háblale con bondad, benignidad, paciencia y caridad".

Por eso, recomienda a los confesores a acoger y tratar al penitente "con un corazón verdaderamente paternal, es decir, con una gran cordialidad, benignidad y compasión", e incitarlo a la confianza. Y explica:

"con entrañas de misericordia y con el corazón lleno de amor a cuantos se presenten a la confesión, sin hacer acepción de personas ni obrar con preferencias, salvo cuando se trate de enfermos o inválidos, de mujeres encinta o que están criando sus hijos, de aquellos que vienen de lejos..."²¹. "Si se le ve temeroso y con alguna desconfianza de obtener el perdón de sus pecados, hay que levantarle el ánimo y fortalecerlo, haciéndole ver que Dios tiene un gran deseo de perdonarle; que se alegra mucho en la penitencia de los grandes pecadores; que cuanto más grande es nuestra miseria, más glorificada es en nosotros la misericordia de Dios; que Nuestro Señor ha orado a su Padre por los que lo han crucificado, para enseñarnos que, aún cuando lo hubiéramos crucificado con nuestras propias manos, nos perdonaría muy espontáneamente si se lo pidiéramos".

Uno se siente aquí muy lejos ya del rigorismo agustiniano y jansenista. Apelando a un lugar común podemos afirmar que el "celo por la salvación de las almas" realmente lo devoraba. Esta expresión -que hoy es poco aceptada pues se entiende mejor que el hombre no es sólo alma y que Dios salva al hombre completo- traduce bien la calidad apostólica de santos como Juan Eudes. Aparte de que la importancia dada por él al compromiso concreto nos permite captar en su pensamiento una intuición de lo que en el lenguaje bíblico significaba el "alma": no la parte espiritual en confrontación con el cuerpo -lo material- sino la identidad total del hombre, materia y espíritu, tal como ha salido de las manos de Dios.

Encarnados con el Encarnado

Está claro que existe una significativa distancia cultural entre el siglo XVII francés y nuestra época, en cuanto al sentido de la palabra misericordia. Y conviene precisar esta diferencia a la hora de presentar el mensaje eudiano si queremos que sea captado a plenitud por los hombres de nuestro tiempo. Hoy se ha empobrecido hasta tal punto su significado que parece ser un simple sinónimo de lástima o de piedad para con el culpable.

Para Juan Eudes, en cambio, misericordia era mansedumbre, clemencia, paciencia y comprensión frente a la falta del otro, pero sobre todo amor, piedad, generosidad. La misericordia era celo por la causa del hombre, un intenso sentimiento de piedad, generosidad; no mera conmiseración ante el sufrimiento ajeno, sino expresión plena y comprometida de un amor que trata de llevar a todos una salvación eficaz, concreta, pero al estilo de Dios. Así lo expresaría en un texto célebre, sobre el que volveremos reiteradamente:

"Tres cosas se requieren para que haya misericordia. La primera es tener compasión de la miseria del otro, pues misericordioso es quien lleva en su corazón las miserias de los miserables. La segunda consiste en tener una voluntad decidida de socorrerlos en sus miserias. Y la tercera es pasar de la voluntad a los hechos".

Como veremos en detalle luego, Juan Eudes apoya su doctrina sobre la misericordia en aquel profundo sentido de la encarnación de Dios tan caro a los maestros de la espiritualidad beruliana. Exclama: "nuestro Redentor se encarnó para ejercer de este modo su misericordia con nosotros", es decir, para pasar de la misericordia del Corazón de Dios a la misericordia de los hechos salvadores.

El mensaje resulta evidente: Jesús personifica la misericordia divina, la misericordia activa y viviente de un Dios que viene a salvar a los malheridos del camino a Jericó. En la persona de Jesús, Dios se acerca gratuitamente a quienes están en desgracia y son incapaces de liberarse a sí mismos. Porque Jesús es el

Corazón humano de Dios - hermoso hallazgo teológico eudiano - que ha asumido todas nuestras miserias para liberarnos de ellas.

Y es esa misma actitud - "llevar en el corazón" - la que Dios nos pide a nosotros frente al prójimo. Juan Eudes lo reitera, bajo diversas formas, a lo largo de sus obras: no hay otra forma de vivir el amor misericordioso de Jesús. Ella traduce y resume una experiencia fundamental que atestigua todo lo demás: ser cristiano es ser capaz de abrirse suficientemente, desde lo más profundo, para acoger en su vida al "otro": a Dios, al prójimo, y, en particular, a quien experimenta cualquier tipo de miseria. Un corazón auténticamente cristiano es aquel que, ante todo, sabe recibir y acoger a un Dios esencialmente gratuito, pero que, con Dios y como Dios, sabe acoger también las miserias de los demás de tal modo que lo impresionen, lo habiten en lo más profundo de su ser, y lo dinamicen hacia una acción comprometida y coherente.

En manos de la Gracia

Por eso, a nivel de medios, lejos de todo delirio prometeico y de toda pretensión voluntarista, Juan Eudes entiende que en esa tarea, incómoda y difícil, lo primero es la gracia de Dios, pues todo depende de él que es quien actúa en nosotros:

"¿Qué somos nosotros, hermanos míos, para que Dios nos emplee en tan sublimes ministerios? ¿Para que se digne escogernos a nosotros, miserables pecadores como instrumentos de sus divinas misericordias?".

De ahí su insistencia en la oración constante. Sin embargo, lejos de cualquier delirio pietista, subraya también la necesidad de "poner siempre toda la carne en el asador": hay que recrearse con la tarea, trabajando como si todo dependiera de nosotros, trabajando de todo corazón, por el ejemplo -testimonio- y por la eficacia de la acción. Hemos de dejar que, ante los problemas que acongojan al prójimo, nos tiemble el corazón de amor hasta tal punto que no nos quede otro remedio que pasar a la acción en busca de alivio. Se trata de amar hasta que duela. Porque el dar de

la verdadera misericordia no es cuestión de simple cantidad, sino de calidad, de una actitud vital con que se comparte con los demás. Lo importante no es dar cosas sino darse uno mismo.

Para nuestro hombre ésta es la forma privilegiada de glorificar a Dios. Como misionero, como formador de sacerdotes y como fundador de Institutos religiosos, supo subrayar la unión estrecha que existe entre la misericordia de Dios, nuestro compromiso cristiano y la virtud de religión: el auténtico culto deriva en celo apostólico y éste se expresa con trazos de misericordia porque -afirma- anunciar el evangelio es simplemente anunciar la misericordia de Dios, y este anuncio hay que hacerlo con palabras claras y obras coherentes. Evangelizar es anunciar a los "miserables" la buena noticia de que Dios los ama, que los "lleva en su corazón"; y para esto el misionero sólo tiene un camino: llevarlos también él en su propio corazón. Y de este modo el Padre es glorificado. Por eso se atreve a exclamar:

"Nada deseo personalmente, pero si Dios me exigiera expresar mi querer, escogería seguir viviendo indefinidamente, para ayudar a salvar las almas".

A partir de esta convicción, Juan Eudes el místico se hace activo, el contemplativo se convierte en misionero, testigo y fundador. Porque se trata de "pasar de la voluntad al hecho". No bastan los bellos sentimientos y las hermosas palabras. Hay que pasar del "llevar las miserias ajenas en el corazón" a los efectos concretos de la misericordia. Escuchándolo evocamos a Santiago: una fe sin obras es una fe muerta. Y es que él entendía bien que estamos radicalmente al servicio de la misericordia de Dios, que nosotros somos los verdaderos ángeles de Dios: somos las manos, los pies, el corazón del Dios salvador, porque "Dios no tiene más manos que las nuestras", como dijera hermosamente Teresa de Ávila.

En resumen, evangelización, celo y misericordia, son las tres dimensiones, fundamentales e interrelacionadas, de su pensamiento y de su acción ministerial entera. En esta perspectiva sitúa el ministerio del misionero.

Espiritualidad de encarnación

Por tanto, no podemos acusar al pensamiento eudiano de espiritualista, como si no le importaran sino las cosas espirituales, olvidado de las necesidades materiales de la gente. De hecho él estaba muy consciente de estas miserias humanas y sociales, pero las veía como una expresión, un síntoma y una consecuencia de la miseria más profunda y radical y la raíz de todas las demás miserias, que es el pecado. Por eso, la "más divina de todas las cosas divinas es la salvación de las almas".

Como normando sensible, práctico y eficiente, nos enseña que es a través nuestro como Cristo quiere realizar su misericordia salvadora. Aunque vivía en un denso mundo espiritual, entendía que la misericordia de Dios no es una noción abstracta, sino la presencia real, muy real, de Dios encarnado en el mundo de los hombres, en los acontecimientos cotidianos.

Andrés Pioger subraya cómo sus contemporáneos se sentían conmovidos por esta actitud testimonial del pequeño gran santo:

"Aun fuera de Caen, Juan Eudes se interesa vivamente por los enfermos. Cuando hace la misión en las grandes ciudades establece casas de refugio para los pobres y los enfermos; acomoda a los ancianos y a los que están en mala situación... En Autun, en 1647, hace reparar el hospital de Los Transeúntes y decide la construcción de uno nuevo para los enfermos y para poner allí a los pobres médicos... Donde no crea hospitales visita siempre los que ya existían... Porque no quiere sólo socorrer materialmente sino dedicarse a cultivar las almas...".

Obviamente, Juan Eudes era deudor de las ideas de su época. Por eso su concepción de la misión, que obedecía a una mentalidad de nueva cristiandad, difiere de otras más modernas, en las que se enfatiza más el compromiso estructural que las "obras de misericordia". Y no podemos pedirle a un hombre del s. XVII, por más santo que fuera, que tuviera las ideas de un misionero postVaticano II. Lo importante es ver cómo él, a su modo, no separaba jamás aquellas cuatro dimensiones de la misión, que

citaba Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*: el compromiso, el anuncio, el testimonio y la denuncia.

No hacía del trabajo por los pobres un simple compromiso social, porque lo suyo era servir el Reinado de Jesús en los hombres, pero tampoco convertía su predicación en un desencarnado anuncio de verdades abstractas o de eslóganes ideológicos. Por otra parte, aparece clara su convicción de que no se trataba de un trabajo social más, que podía favorecer la evangelización, de una pre-evangelización como se dice a veces, sino de una verdadera evangelización puesto que su finalidad era la conversión a Cristo. Y cuando había que enfrentarse a los responsables de cualquier sufrimiento injusto, así fueran el rey o la reina, lo hacía con claridad, valentía y misericordia.

Su misma concepción de la grandeza del ministerio sacerdotal no obedecía a criterios de poder o grandeza humana -ésos que hoy tanto chocan a la teología moderna- sino a la convicción de que el sacerdote, en cuanto tal, tiene, como casi exclusiva tarea, ser misionero y tesorero del Padre de las misericordias³³. Por eso sentía la urgencia de contagiar a los hermanos sacerdotes el ardor quemante de su propia experiencia misionera. Escribe, por ejemplo, durante la misión de Vatesville:

"Son maravillosos los frutos que recogen los confesores. Pero lo que nos aflige es que ni la cuarta parte se podrá confesar. Estamos abrumados. (...) ¿Qué están haciendo en París tantos doctores y bachilleres, mientras las almas perecen por millares, porque nadie les tiene una mano para retirarlas de la perdición?"

La dramática experiencia de su propia vida, sumada a la constatación de los ingentes problemas que vivían el mundo y la Iglesia, alimentaron sin duda su pesimismo ante las reales posibilidades del hombre. Pero aun así, supo proponer y mantener una propuesta de vida cristiana siempre equilibrada y sana, aunque exigente. Por eso, a Juan Eudes se le puede aplicar lo que él mismo escribiera de María: contempló, amó y llevó en su corazón el Corazón de Cristo, hasta hacerse con él un solo corazón.

También él se dejó habitar y dinamizar por el Corazón de Dios, que es Cristo. Fue este Corazón el que lo condujo hasta sus hermanos y hermanas en necesidad; fue este Corazón el que lo aventó, sin descanso, por los caminos de la misión; y fue este mismo corazón le permitió situar su carisma y su misión entre la miseria del hombre y la misericordia del Dios-Amor que quiere que todo hombre se salve.

El precio era la cruz

Parecía inevitable que por esa opción debiera pagar un alto precio en luchas dolorosas, dentro de aquel contexto histórico tan complejo; y lo pagó con entereza, gallardía y ecuanimidad:

"Si hemos de soportar alguna molestia o fatiga no es del caso desanimarnos o quejarnos por tan poca cosa. Aun si tuviéramos que enfrentar la muerte, ¿no deberíamos acaso considerarnos inmensamente afortunados?".

Su abandono del Oratorio le atrajo la inquina de muchos de sus antiguos hermanos, y su lucha contra el rigor desmedido del jansenismo le acarreó tormentas y horas muy difíciles. Pero él no rehuyó la cruz, demostrando así hasta qué punto su apuesta por la misericordia era auténtica y comprometida:

"La divina misericordia me ha hecho pasar por numerosas tribulaciones, y éste ha sido uno de los más insignes favores que de ella he recibido, porque me han sido extremadamente útiles, y Dios me ha librado siempre de ellas".

Más aún, para él esas persecuciones no eran simple cruz sino que se situaban también en el camino de la misericordia divina:

"Después de una desolación de seis años, el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo se ha dignado enjugar mis lágrimas y cambiar mi amargura en un gozo increíble. Sea por ello alabado y bendecido eternamente".

Estaba consciente, y así lo escribiría más tarde, de que no hay redención sin sangre; por eso veía en el martirio "la cima, la perfección y culminación de la vida cristiana... el milagro más insigne que Dios realiza en los cristianos..., el favor más señalado que hace Cristo a los que ama... En los mártires resplandece de preferencia el poder admirable de su divino amor...".

Y, coherentemente, pediría con insistencia esa gracia; testimonio de ello es el hermoso "Voto de Martirio" que nos legó. No fue le concedida dicha gracia, pero le fue regalada otra quizás más grande: el convertirse en misionero y profeta de la misericordia de Dios. Por eso, ya en el atardecer de su vida pudo exclamar:

"Aunque ya estoy viejo (74 años), predico casi todos los días, confieso, y atiendo infinidad de asuntos. Todas estas fatigas nada cuestan cuando se tiene el consuelo de ver cómo los pueblos corresponden a lo que se hace por su salvación".

De esa manera, Juan Eudes se nos revela como un auténtico profeta de la misericordia, en una época en la que se imponían tantas corrientes rigoristas. Y a partir de esa pasión que lo devoraba delineó un camino de santidad basado en la mística del amor comprometido. En él, la misión y el ministerio aparecen como las dos caras de la existencia cristiana, un lazo concreto y visible entre el amor de Dios y la miseria humana. Ello sintetiza todo su proyecto espiritual y misionero.

Y ello sería así hasta aquella tarde del 19 de agosto de 1680, cuando expiraba repitiendo una y otra vez: "¡Jesús es mi todo!"

Beata María de la Encarnación
Su lugar entre las místicas

Deseo que estas páginas te ayuden a vivir tu vida de creyente con coherencia.

Con afecto, Felipe Santos, Salesiano

MALAGA-SEPTIEMBRE-2006

El sacerdote Henri Brémond, un historiador de la espiritualidad, ha sacado a María de la Encarnación del olvido con su obra sobre la Historia del sentimiento religioso en Francia partiendo de guerras de religión. Se sitúa María de la Encarnación en la multitud de las místicas del siglo XVII y le consagra la mitad de un tomo de su obra. La clasifica en la línea de la escuela mística del P. Louis Lallemant que formó varios de los misioneros jesuitas que vinieron a trabajar aquí como Le Jeune, de Bréufet, Jérôme Lallemant (consejero espiritual María de la Encarnación).

Louis Cognet en la vida espiritual moderna prefiere clasificar a María de la Encarnación en la estela de la espiritualidad beruliana (o en la escuela francesa de espiritualidad). Habla a su respecto de una "adaptación mística" del berulianismo. ¿Qué pensar?

Podemos encontrar indicios y pruebas a favor de una opinión o de la otra. Creo, en lo que a mí respecta, que María de la Encarnación tiene un lugar aparte en la historia de la espiritualidad a un place. Se sitúa fuera de las escuelas.

Buscó su vía original y personal y se puso siempre bajo la acción de Dios en su vida sin unirse a una tradición espiritual más que a otra. Fue siempre soberanamente libre frente a las escuelas. Seguramente leyó a Teresa de Ávila, Francisco de Sales y otros autores espirituales, pero buscó su

bien en donde estuviera. Sus directores espirituales fueron Feuillants (Don François de St-Bernard y Dom Raymond de St-Bernard), una congregación monástica de tradición benedictina, jesuitas (el P. Jérôme Lallemand a partir de 1643), pero su guía fue siempre como lo veremos el "Maestro interior".

Por eso nos detendremos en mirar sobre todo el itinerario personal de María de la Encarnación.

No hay tampoco una escuela de espiritualidad que se una a María de la Encarnación pues ella no ha tenido discípulos. En las Ursulinas, es venerada como fundadora y educadora ante todo y sobre todo. Pierre Pourrat en la espiritualidad cristiana se interesa solamente por su obra educadora. Eso no le resta nada a la belleza y grandeza de su experiencia espiritual personal, pero ella está sin posteridad. Es un caso frecuente en la historia de la espiritualidad. SU experiencia y sus escritos merecerían verla declarada como Doctora de la Iglesia con el mismo título que Teresa de Ávila y Catalina de Siena que lo obtuvieron en 1980. Hoy, se comienza a inspirarse en su espiritualidad. Conozco una comunidad nueva de laicos que se inspiran en ella y ha tomado el nombre del Verbo Encarnado.

A RETENER: En la Historia de la espiritualidad, María de la Encarnación se sitúa fuera de las escuelas. No está en la escuela de Lallemand como tal, ni completamente en la beruliana. Ella es UNICA. Su experiencia espiritual se alimenta de la piedad de la Iglesia y de la Palabra de Dios meditada.

La Sagrada Escritura es la fuente más importante de su espiritualidad.

2. Su itinerario espiritual (Relación de 1654)

Aquí he colocado algunas notas breves que serán comentadas en clase. María de la Encarnación, al responder a la petición insistente de su hijo devenido monje cisterciense, ha contado su camino espiritual en una carta larga (Relación) en 1654. La ha dividido en etapas espirituales que llama "estados de oración". Estos estados de oración son más englobantes que las "moradas" de Teresa de Ávila. No se limitan a pesar de sus nombres a describir los progresos en la oración.

En la lengua de María de la Encarnación lo que puede ponerse bajo el nombre de "estado de oración" se presenta así por Colette Gombervaux en El itinerario místico de María de la Encarnación (p.191)

A través de numerosas peripecias exteriores e interiores, "un estado de oración, escribe, no tiene otra estabilidad para nuestra mística que la de un don sin arrepentimiento del que se aprovecha Dios plenamente para su destino."

Así un "estado de oración" está marcado ante todo por la novedad de la acción de Dios que es recibido y percibido por María de la Encarnación. El "estado de oración" tendrá un inicio y un fin en el tiempo, pero será solamente una etapa o una fase más o menos larga de una única experiencia que se enriquece y se dilata.

2.1 Las primeras gracias (1599-1619)

María Guyart (era el nombre de familia de María de la Encarnación), nacida en 1599, se casó en 1617 con Claude Martin, un fabricante de tejidos y sedas en Tours, Francia, del que tuvo un hijo al que se le llamó como el padre. A 20 años se quedó viuda. Su marido murió dejándole su hijo y una empresa al borde de la quiebra.

María Guyart, como muchos de sus antepasados del Québec, era de una constitución robusta y no se dejaba hundir fácilmente por los problemas. Cogió la empresa de su marido, arregló las deudas, liquidó los bienes y se retiró en casa de su padre con su hijo. Tuvo varios pretendientes. Ella prefirió esperar antes de volverse a casar. Se entregó a su hijo y a su anciano padre. Durante este período el más tranquilo de su vida, le toma gusto en desarrollar en su vida las cosas de Dios. Ya en su infancia, nos cuenta que tenía tendencia al bien y le gustaba servir a su alrededor. Ahora que está más libre, va a seguir haciéndolo mucho más.

De 1599 a 1619, es el período de las primeras gracias o de preparación. Desde su infancia, se fascinó por el Señor y va a desarrollar en ella una inclinación por el bien y un gusto por la Palabra de Dios.

Desarrollo en clase

2.2 Las etapas místicas unitivas (1620-1633)

Una mañana de marzo de 1620, el 24 más precisamente, mientras iba a sus ocupaciones, tuvo

una experiencia perturbadora. Ella nunca había experimentado que Dios la amaba tal como era y que hubiera entregado a su Hijo para la salvación de todos. Aquella mañana, se ve como sumergida en la sangre de Cristo. A los 55 años, se acuerda todavía de aquella mañana como la de un nuevo comienzo de su vida. " Volví a casa, cambiada en otra criatura, pero tan poderosamente cambiada que no me conocía a mí misma," escribiría a su hijo en 1654.

En los años siguientes, María dejó de pensar en casarse de nuevo. Acepta ir a ayudar a su hermano y cuñado. Hará todos los trabajos caseros, se ocupará de todos los empleados enfermos y dirigirá finalmente la empresa de su cuñado a causa de numerosas ausencia. Era una empresa de transportes de mercancías por barco en el Loira y a caballo por tierra. "Algunas veces, escribe, estaba a media noche en el puerto mandando cargar o descargar mercancías. Mi compañía ordinaria eran camioneros, en el lenguaje actual."

A pesar de esta vida tan ocupada, María Guyart no se siente alejada del Dios que ha encontrado. Al contrario, por el hecho de que puede ayudar a toda clase de gente, animarlos, hablarles de Jesús, se siente segura de que responde a la llamada de Dios. Su encuentro con el Señor continuará en ella mediante la vida diaria concreta. Su hijo creció. Su vida espiritual se ensanchaba y enriquecía. Conoce momentos inolvidables para ella en presencia de dios en la oración como en 1627 en los que ella se ve ligada a Jesús como en un matrimonio espiritual y místico. Externamente su vida no cambia. Lo que cuenta aún más para María, será vivir el Evangelio

de Jesús. Las "máximas del Evangelio", como ella dice, serán para llevarla a donde Dios quiera.

1620-1633. Es el período de la evolución mística de María de la Encarnación: su itinerario místico unitivo como lo han llamado algunos. En 1620, ella se "convirtió" con motivo de la célebre visión de la sangre. En 1627, conoce la gracia del matrimonio místico.

Desarrollo en clase

2.3 La vocación misionera(1633-1647)

Convertida en religiosa ursulina, María Guyart no dudaba que su amor de Dios y su gusto por el servicio la llevaría a Nueva Francia como misionera en el país del frío, cazas y comercio de pieles de castores. Québec en aquel momento era un pueblo de 300 personas. Después de haber entrado en la congregación de las religiosas Ursulinas en 1631, aún sufriendo por separarse de su hijo, sintió que el Señor la preparaba para otra cosa. Se le propuso ir a Nueva Francia y aceptó. El 1 de agosto 1639, desembarcó en Québec con algunas compañeras. Había que construirse una casa, después comenzar a aprender las lenguas indias, pues el fin de este pequeño grupo de Ursulinas era la educación de los niños de los colonos y las jóvenes indias.

1631-1639. Hasta su llegada al Canadá. Durante este período María siente una llamada a la vida religiosa. Entró en las Ursulinas. Después, como consecuencia de un sueño en 1633, se dio cuenta de que las misiones son difíciles. Este período misionero está marcado por pruebas, sufrimientos,

rebeldía de las pasiones que cohabitan con el consuelo y la paz. Se libra de todo rezando a la Virgen. Es su tercer período de noche oscura. Esta noche corresponde al período del 1 de agosto de 1639 a la octava de Navidad de 1645 cubierta por el duodécimo estado de oración.

Desarrollo en clase

2.4 Amplitud del estado fundamental y permanente (1647- 1672)

En este período de la vida de María de la Encarnación no faltan las pruebas como, por ejemplo, el incendio del monasterio en pleno invierno del 30 al 31 de diciembre. En esta última parte de su vida, María de la Encarnación avanza en lo que llama su estado fundamental y permanente. Ella había hablado ya de los inicios de este estado fundamental y permanente.

Se podría decir que ahora a partir de 1645, hay una estabilidad en su abandono de víctima con Jesús para que su Iglesia se instale. Oury habla del estado fundamental y permanente después de 1627.

Subrayemos al terminar que María de la Encarnación vivió su ascensión mística antes de entrar en religión y también que conoció purificaciones después de su matrimonio espiritual.

Murió en 1672 y fue beatificada el 22 de junio de 1980.

Desarrollo en clase

MARIA DE LA ENCARNACIÓN (1599-1672)

Las primeras gracias

28-10-1599 Nacimiento en Tours de María Guyart.
 1607 Sueño profético. Primera conversión a Dios.
 1607-1619 Primeras gracias.
 1614 Atractivo por la vida religiosa.
 1617 Matrimonio con Claude Martin.
 1619 Nacimiento de su hijo: Claude junior.
 1619 Viudez y soledad. Ruina de la fortuna.

Las etapas místicas unitivas
 24-03-1620 Conversión (Visión de la sangre de Jesús).

1620-1631 Itinerario místico unitivo. Práctica heroica de las virtudes (mortificación, pobreza, castidad, obediencia, caridad, religión...).
 1621-1625 Estado de servicio en casa de su hermana mayor.

1625-1631 A la cabeza del comercio de su cuñado.
 1627 2ª Visión de la Trinidad – Matrimonio espiritual
 1631 Entrada en las Ursulinas.
 25-03-1631 Toma de velo, toma el nombre de María de la Encarnación
 1631-1633 Años de noviciado. Aridez y noches espirituales.
 01-1633 Profesión religiosa

Vocación **misionera**

**Navidad 1633. Sueño profético del Canadá.
1634 Maestra de noviciado. Gracias de espíritu apostólico.**

1633-1639 Itinerario místico de vida apostólica.

1636-1639 Ejecución de la vocación misionera.

1639 Sueño profético de los sufrimientos apostólicos

05-08 1639 Viaje al Canadá.

1639-1645 Primeros establecimientos en Canadá.

Primer período de superiorato. Redacción de las

Constituciones y del Directorio. La enseñanza de

los niños. Los grandes sufrimientos de la vida

interior **apostólica.**

1645 Dirección espiritual por el P. Jérôme

Lallemant.

1646 Enfermedad de María. Depositaria.

Estado fundamental y permanente (consumación)

1647 Itinerario místico de vida apostólica.(consumación)

1650 Incendio del primer monasterio. Nuevos trienios de superiora.

1651-1657 La unión mística con la Santísima Virgen María.

1654 Itinerario místico de vida apostólica.

1663-1670 Último superiorato. Graves enfermedades.

1670 Asistente y maestra de novicias.

1672 Enfermedad, curación, recaída.

30-04-1672 Fallecimiento.

3. Temas principales de sus escritos

Hay cuatro temas sobre los cuales podemos insistir para caracterizar su espiritualidad.

a) El Corazón de Jesús

En el sueño a los siete años, María ve a Cristo como "el más bello de los hijos de los hombres.". Es con el Verbo encarnado con quien se consumirá su Matrimonio místico más tarde: unión del Amado con su esposa.

No hay que sorprenderse de que María de la Encarnación haya alimentado una devoción muy personal con el Sagrado Corazón de Jesús durante toda su vida. He aquí los principales rasgos:

- Entrega de los corazones (Visión en 1623-24 en el semi-sueño)

- En 1627 o 1628, según Dom Oury aunque la palabra corazón no figure en el texto. Ve salir del seno del Hijo de Dios "con impetuosidad un río de amor que inundaba todo el cielo"

- Al inicio de los años treinta. Narrado en larga carta sobre el Sagrado Corazón de 1661. Oye una voz que le dice "Pídeme por el Corazón de mi Hijo, pues por él te escucharé."

Desde ese día, comenta en la Relación de 1654 "El Espíritu que me moldeaba me une a este divino y muy adorable Corazón de Jesús de modo que sólo hablaba y respiraba por él, experimentando nuevas infusiones de gracias en este divino Corazón y el Espíritu de mi Jesús que me hacía producir cosas admirables... respecto al tema de la ampliación del Reino.

Esta devoción al Sagrado Corazón es más que una devoción. Expresa un rasgo esencial de la espiritualidad de María de la Encarnación.

El Corazón es aquí un símbolo en la corriente beruliana de san Juan Eudes. Pero este símbolo va ligado de modo explícito a la oración apostólica de la Redención y a la extensión del Reino” en el lenguaje sabroso de María de la Encarnación.

El Corazón de Jesús es una vía de entrada en el misterio del designio de amor del Padre y también un lugar de inserción en el Cuerpo Místico.

La extensión del reino implica la idea de misión y de evangelización; extender el reino de Jesús.

Es una concepción de la misión de la evangelización un poco como en los Hechos de los Apóstoles, a imagen de la Iglesia primitiva. Esta nueva Iglesia es una nueva comunidad que hay que crear. Crear una comunidad cristiana, es evangelizar. Por esta causa se le llamará a María de la Encarnación “Madre de la Iglesia canadiense””.

Su método insiste en el conocimiento y la adaptación. Aprende las lenguas indias a los 40 y 50 años (el Algonquin y el montañés y el hurón).

b) La unión de la acción y de la contemplación. Es una compenetración de dos.

c) El amor de la Sagrada o de la Palabra de Dios. María de la Encarnación va a insistir en las máximas del Evangelio de Jesucristo y sobre todo su itinerario espiritual se alimentará continuamente de algunas palabras de la Escritura cuyo sentido y

riqueza de vida se le revelan interiormente. Ella narra así que comprendía en su corazón las palabras de los Salmos que recitaba en el oficio divino (el Breviario) incluso si se leían en latín.

d) La docilidad al Espíritu o al Maestro interior

Este tema comporta una doble vertiente.

Por una parte, subraya por el lado personal la necesidad de desapropiarse de sus puntos de vista, esperanzas y deseos. Esta es la pobreza espiritual que se pone en evidencia. La desapropiación espiritual es una forma de apertura al Espíritu.

La otra vertiente de la docilidad al Espíritu es la confianza a las inspiraciones del Espíritu y la seguridad de no ser abandonada por Dios sucede lo que suceda, sean cuales sean las pruebas y las dificultades. Así María de la Encarnación nos confía que nunca fue guiada por un espíritu de miedo, sino por un espíritu de confianza.

Conclusión

Lo que nos impacta en María de la Encarnación, es que nunca se echa para atrás. Favorecida por un gran sentido práctico y por una confianza inquebrantable en Dios, ella vive sus inquietudes, su enseñanza, sus responsabilidades en la paz.

"Dios resplandece en el fondo de su alma, que está a siempre a la espera, escribe añadiendo que

todas sus preocupaciones no le hacen perder la presencia de Dios en su vida. Ha llegado a una integración espiritual destacable por el servicio a sus hermanos y hermanas y por la comunión íntima con Dios en el fondo de ella misma. Después de una breve enfermedad, muere en 1672. Había querido con todas sus fuerzas contribuir al anuncio del Evangelio en este nuevo país en el que aprendió de manera diferente su fidelidad al Señor.

Casada y madre de familia, gerente del comercio de su cuñado, educadora de niños en las riberas del San Lorenzo, María Guyart se entregó a responder con todo su corazón a las llamadas que el Señor le hizo en el curso de su vida. Vivió sencillamente, no tuvo miedo en tomar nuevas salidas y sobre todo se unió a la luz del Evangelio que la sostuvo y alegró a frecuentemente. "Dios no me condujo por un espíritu de miedo, sino por el del amor y de la confianza" diría en 1668, algunos años antes de su muerte. Fue declarada Beata por el Papa Juan Pablo II, el 22 de junio de 1980. Así su santidad fue reconocida de modo oficial por la Iglesia. Podemos desear que un día se convierta como Teresa de Ávila y Catalina de Siena en Doctora de la Iglesia.